

HOMENAJE A MANUEL SÁNCHEZ OLIVERA, PRESO EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE DACHAU

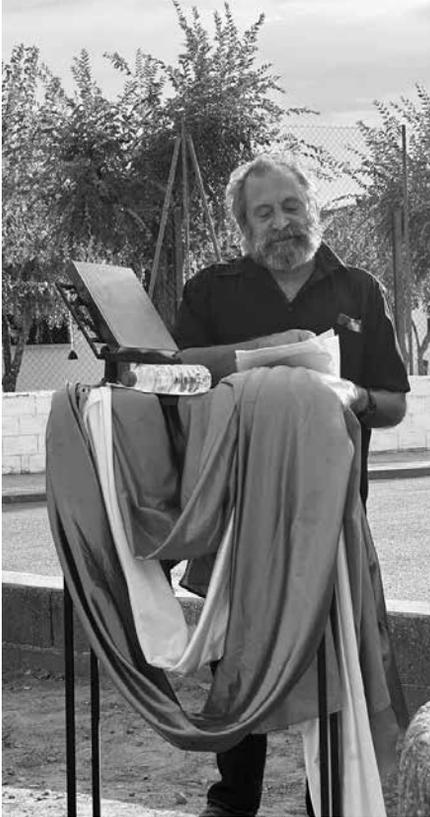
En palabras de Antonia Molina Márquez, alcaldesa de Almoharín, el pasado 6 de octubre, en una tarde de otoño que olía a primavera, el ayuntamiento de Almoharín recordó a su paisano Miguel Sánchez Olivera, republicano represaliado en el campo de concentración de Dachau por defender la libertad.



En su nombre y en nombre de todas y todos los presos en campos de concentración, se inauguró el denominado parque de la Memoria. Un olivo allí sembrado es “el guardián de la memoria”, con la misión de poner luz a ese camino de oscuridad que el silencio y el olvido pretenden borrar y alumbrar el camino de la historia.

A continuación, reproducimos las intervenciones de dicho acto¹:

1.- Los familiares de Manuel Sánchez han pasado toda su vida en Francia, por lo que algunas expresiones pueden resultar singulares.



INTERVENCIÓN DE ALEXANDRE SÁNCHEZ

Aquí estamos la hermana de mi padre Sira Sánchez Olivera y su hijo José Luis, sus sobrinos los Montiel Sánchez, Yolanda, Javi y su esposa Mabel, Víctor Alfredo y su hijo Gonzalo.

Todos sus nietos, Manuel, como él y mi hija Juana, Celani, Marine, Flora. Joan Rafael y su bisnieta Lucila Sánchez.

Y nuestro primo Juan Antonio, que mi padre nos contaba la terrible historia de su abuelo que encontraremos pronto sacado de una fosa.

Me toca a mí, su hijo Alejandro, porque el mayor se fue hace unos meses y el menor está muy enfermo y no ha podido venir. Me toca a mí como patriarca de los peteneros de la rama francesa coger la palabra para la cosa más difícil que me haya tocado: hablar de mi padre.

Antes de todo, el pueblo; nunca se le salió de la cabeza, era como una cosa preciosa, los arcos de la iglesia, la sierra, las calles de tierra, los pozos, los eucaliptos de la carretera que vió plantar, sus

primos, sus amigos, los lobos, su perra, su juventud... Nos parecía como un lugar escondido y perdido en el tiempo pasado que solo tenía existencia en los mapas entre Trujillo y Cáceres.

Un día me di cuenta que mi padre no era el primero de una genealogía, pero que teníamos una historia y antepasados que no conocíamos. Los hemos encontrado en Trujillo por los Sánchez desde de la Edad Media hasta el siglo XIX. Su llegada al pueblo y los del pueblo que estaban en los archivos de Cáceres, pues somos familiares con la mitad de los vecinos :

- Olivera Merino
- Duque Borreguero
- Perez Alvalá
- Arroyo Rincón
- Romero Ropero
- Carrasco Olgúin
- Cortés y Serván

Cuando yo tenía 15 años, Francia nos dio una nacionalidad ya que no teníamos ninguna y nosotros los hijos pusimos los pies en Madrid. El andén estaba cubierto de tías y tíos y un montón de primas y primos.



Todo adornado de lágrimas y cariño. Éramos los que habían faltado y estábamos aquí.

Pero él, pensando que lo estaban todavía buscando no se atrevía a pasar los Pirineos, lo más que hizo fue venir a buscarnos a la frontera. Nunca vi a mi padre compartiendo de esa manera entre la aprehensión y la alegría de ver a sus hermanas y hermanos, a algunos de los cuales había dejado siendo niños.

Porque un día que estábamos en la mesa nos dijo: si todo el mundo aquí está de acuerdo vamos a nacionalizarnos, y eso que él pensaba que la dictadura iba a acabar pronto y que nos íbamos a volver todos a España. Pero el tiempo había pasado y nada cambiaba para nosotros, seguíamos apátridas, afrancesados, hasta que un presidente nos dio la nacionalidad francesa por los actos de resistencia y la deportación de Manuel. Pero se lo ruego que nunca, nunca me lo reprochéis, así fue, y las puertas de España, el paraíso perdido, se abrieron para nosotros sin miedo de acabar en un orfanato. Él, poco a poco, domó sus angustias y a la llegada de la democracia volvió a menudo a ver a sus hermanas preciosas y queridas.

¿Cómo era la vida en casa? Pues se levantaba muy temprano y regresaba muy tarde.

La familia, una familia de refugiados, vivíamos ensimismados en una España de 1936.

Pero cuando jugaba el Real Madrid se veía que España no lo había abandonado, se levantaba agarrando la mesa, comentando, chillando palabrotas y que si Gento y Di Stefano...

Por lo demás era un hombre tranquilo, entablado pero tranquilo, menos cuando había reuniones del Partido en casa. Era como el rebrote de combates pasados con puñetazos en la pobre mesa y la aparición de casos que resolver, «Lister y Carrillo, y de



dónde era ese, y qué hacía cuando eso, y qué dijo, y los Congresos y cuál es la línea... ¿Estáis de acuerdo?». Nosotros, escondidos detrás de la puerta semi cerrada, mirábamos cómo el mundo iba pronto a cambiar.

Él no cambió. Seguía comprometido, denunciando injusticias sin importarle que le echasen del trabajo “por demasiado sindicalista”. Pero su cualidad como zapatero lo salvaba. Nos salvaba, pues venían a casa a buscarlo para que regresase al taller.

Ya envejeciéndose, no faltaba a las conmemoraciones, llevando las banderas de la resistencia y de la deportación. A los niños nos llevaba a todos los actos relacionados, aunque él no hablaba casi nada del tema. Solo que no entendía y que sentía mucha vergüenza por haber sobrevivido perdiendo tantos camaradas. En alguna ocasión nos contaba cómo salvó la vida buscando en sí mismo la rabia necesaria para sobrevivir. Como, con un miga de pan de cada uno, se podía salvar una vida pero yo, lo que me acuerdo son los sollozos que salían de sus pesadillas.

En mi familia republicana de 4 hombres refugiados, 2 habían sido resistentes y deportados: mi padre en Dachau y mi tío Francisco Cruz en Buchenwald. Ellos no hablaban de todo eso, pero regresaron de Alemania con 35 kilos de huesos y un traje rayado de azul.

Entonces, Manuel Ubaldo Sánchez Olivera volvió a la vida con mujer e hijos y hoy, por segunda vez, vuelve a nosotros.

Somos honrados gracias a vosotros. Gracias a todos.

Gracias a Toni, Pepe, Juan Antonio, Flora y Yolanda.



INTERVENCIÓN DE CELANIE SÁNCHEZ

Tuve la suerte de disfrutar de mi abuelo hasta los 18 años. Fue un abuelo cariñoso y atento con sus nietos. Nos mimó a todos y nos dio a conocer España, llevándonos a Cataluña, la región natal de nuestra abuela, todos los veranos durante muchos años.

Le llamábamos «Papi» y hablábamos francés juntos. Cuando éramos pequeños y aún no sabíamos hablar español, mi abuela y mi abuelo pasaban al español cuando discutían. Nos hacía mucha gracia.

También nos hacía objetos de cuero como zapatero. A mí me regaló una bolsa con una paloma bordada, símbolo de la paz.

No nos habló de todas las atrocidades que había visto ni de todas las penurias de su vida. Nos hablaba más de sus convicciones políticas y de su esperanza en un mundo mejor. A menudo iba con él a las conmemoraciones de la guerra en Colombes, la ciudad donde pasó la mayor parte de su vida en Francia. Se sentía orgulloso de ir acompañado de su nieta y yo de estar con él.

Pero fue a mis 16 años que fui realmente consciente de su excepcional vida a través del libro que escribió y nos regaló. Incluso estaba dedicado con gran humildad: «a mi querida nieta Celandie, un recuerdo con mucho cariño de tu abuelo».

El domingo 31 de marzo de 1996, con mi hermano, mi hermana y mi padre, fuimos a pasar el día a casa de mis abuelos. Una buena comida, una buena bebida, y un paseo en su pequeño jardín que le gustaba tanto. Un hermoso día y grandes besos por la noche para despedirnos. A la mañana siguiente, supe que mi abuelo no se había despertado.

Después de pasar por dos guerras, un campo de concentración y graves problemas médicos, acabó su vida en su cama a los 82 años, sin sufrir. ¡Qué maravilloso final para una vida extraordinaria!

Y hoy, nos sentimos inmensamente felices de estar aquí. Estamos orgullosos de ser los nietos de Manuel Sánchez Olivera.

INTERVENCIÓN DE ANTONIA MOLINA: ALCALDESA DE ALMOHARÍN

Homenaje a Manuel Sanchez Olivera y a todos los republicanos españoles que acabaron presos en campos nazis, aquellos que dieron su vida por defender sus ideas, por defender la libertad. Manuel era el preso número 74.265 del campo de concentración de Dachau, su único delito fue defender la igualdad. «Quien olvida su historia, está condenada a repetirla» esta frase da la bienvenida en el bloque 4 del campo de concentración de Aushwitz y nos sirve para comprender el significado de este homenaje, que el olvido no se apodere de nuestras almas. La guerra terminó y los campos de concentración son sólo ya una pagina negra de nuestra historia, pero muchas heridas siguen abiertas. No tenemos derecho a olvidar, tenemos la obligación de mantener viva la memoria de Manuel y de tantos y tantas que defendieron la libertad, los derechos y la democracia.

«Desandar los caminos del olvido y construir una memoria colectiva». Este acto ha sido organizado por el ayuntamiento de Almocharín y la Asociación AMICAL en Extremadura.

